

NUCCIO ORDINE: LA UTILIDAD DE LO INÚTIL Y EL SABER POR EL SABER*

FRAN BAENA

Fac. Bellas Artes. Universidad de Granada | fbaetor@gmail.com



Antes de comenzar me gustaría lanzar una pregunta al lector, « ¿Para qué va usted a la universidad? ». Supongo que lo primero que pensará sea aquello como « Para aprender, para obtener un título, para conseguir un trabajo, para ganar dinero, ... » y demás bucles llanamente materiales. Pero me gustaría que mantuviera en mente dicha pregunta hasta el final.

* Ordine, N. (2016) *La utilidad de lo inútil: manifiesto* (Flexner, Abraham, colaborador, Bayod Brau, Jordi, traductor) Barcelona, Acantilado. 171 págs. ISBN: 9788415689928.

Es lindamente paradójica la historia de Jim Hawkins, protagonista de *La isla del tesoro* (1883) de Robert Louis Stevenson. Cuando Hawkins encuentra el inmenso botín y observa las alcancías, a diferencia del resto de compañeros de su tripulación, quienes cegados por el utilitarismo más básico sólo ven en ellas la posibilidad de hacerse ricos, el joven, en cambio, se limita a recoger las monedas clasificándolas como un numismático fascinado por el descubrimiento más allá del valor monetario que poseían.

Porque Hawkins no había descubierto riquezas en estas monedas, o no al menos riquezas en el sentido en que, en cierto punto, malentendemos también comúnmente el vocablo “útil”.

Las riquezas que Hawkins había descubierto y que lo mantenían embelesado eran retratos de reyes y conquistadores en las caras de las monedas, grabados y todo tipo de dibujos; las riquezas que Hawkins había descubierto no se trataban ni más ni menos que los restos y señales de vida de civilizaciones, algunas aún supervivientes y otras borradas por la historia.

A fin de cuentas, Jim Hawkins había observado en el dinero parte del saber y la estructuración más básica, como un método de cambio y una escala social, que se iban revelando ante él, de un conjunto de culturas en el tiempo gracias a una “inútil” curiosidad.

Y aquí tenemos entonces la primera idea de las tres en las que he pretendido dividir el ensayo *La utilidad de lo inútil* de Nuccio Ordine; el *ser* es más valioso que el *tener*.

El vendedor de Venecia (1596-1598) también cae bajo los hechizos de Shakespeare a la hora de crear una utopía, el reino de Belmonte, donde el oro y la plata no cuentan.

Para la elección del futuro marido de la joven Princesa Porcia se envían una suerte de tres cofres. Dentro de uno estaría el permiso de bodas.

El primer cofre es elegido por el Príncipe de Marruecos, quien se decanta ni más ni menos que por aquel que tenía la inscripción « Quien me elija obtendrá lo que muchos desean ». Se trataba del cofre de oro. Dentro del cual, en un pergamino insertado en los ojos vacíos de una podrida calavera le esperaban unos versos:

No todo lo que brilla ha de ser oro: / siempre oíste decir al mundo a coro. / Ha vendido su vida mucha gente / por mirarme por fuera

solamente: / no hay tumba de oro sin gusano y lloro. / Si fueras tan sensato como osado, / joven de cuerpo y viejo en buen sentido, / tal respuesta no habrías recibido: / adiós: tu pretensión ha fracasado.

El Príncipe de Aragón es el segundo afortunado en elegir cofre, que decide tomar el de plata con la promesa «Quien decida tomarme obtendrá tanto como merece». En su interior, lo mismo:

Siete veces el fuego me ha probado: / siete veces probada es la razón / que nunca se equivoca en su elección: / hay quien tan sólo sombras ha besado, / quien es feliz con sólo sombra al lado: / y hay tontos de preciosa tontería / plateada, y así pasa con este. / Da igual qué esposa contigo se acueste: / tu cabeza será siempre la mía: / así que vete: cesa tu porfía.

Curiosamente el tercer pretendiente con la oportunidad de elegir cofre es un letrado, Bassanio. Quien muy acertadamente se queda con el cofre de plomo en el que reza « Quien me elija, debe dar y arriesgar todo lo que tiene »

Bassanio no desea la acumulación de bienes monetarios tal como sí querían los otros, su visión del mundo se basa en la dialéctica de la realidad frente a las apariencias. Conociendo Bassanio la forma platónica en que nos engañan los sentidos, él prefiere mirar más allá de lo superfluo ya que a veces las mentiras, como es el caso del arte según Picasso, se enmascaran de verdad. No por azar es el cofre más humilde donde el letrado encuentra el retrato de la Princesa Porcia y unos apremiantes versos:

«Tú, que no eliges por lo que se ve, ten ahora fortuna de verdad.»

Nos encontramos así ante dos protagonistas contrarios al mundo contemporáneo donde el *aparentar* cuenta más que el *ser*. A Jim Hawkins le interesaba más el *ser* de aquellas monedas, y Bassanio desdeña de las apariencias.

Y con este platonismo de Bassanio nos vamos hacia una historia que utiliza David Foster Wallace, autor de *La broma infinita* (1996), para explicar que las realidades más obvias son aquellas que en ocasiones más nos cuesta vislumbrar:

«Había una vez dos peces jóvenes que iban nadando y se encontraron por casualidad con un pez más viejo que nadaba en dirección contraria; el pez más viejo los saludó con la cabeza y les dijo: « Buenos días chicos, ¿Cómo está el agua? » Los dos peces jóvenes siguieron

nadando un trecho; por fin uno de ellos miró al otro y le dijo: «¿Qué demonios es el agua?»»

Esta agua es el mundo en que vivimos y sólo los saberes humanísticos, la cultura y la enseñanza proporcionan la templanza para hacer realidad y desarrollar los ideales de democracia real, libertad, justicia, laicidad, igualdad, libertad de expresión, tolerancia, solidaridad y bien común.

Únicamente gracias a esta cultura y esta enseñanza nos mantenemos como sociedad. Gracias a lo “inútil” que se encierra en saber por el saber.

Como respuesta ante este utilitarismo imperante, autores como Dante en *El Convivio* (1304-1307) declaran un amor desinteresado al saber al rechazar a aquellos pseudo-literatos que requieren de las letras para lucrarse de ellas.

Leopardi sentencia en el periódico *Lo Spettatore Fiorentino* que éste pretende ser totalmente inútil: «Reconocemos con franqueza que nuestro periódico no tendrá ninguna utilidad»; no sólo busca, de este modo, la supervivencia del pensamiento, sino reivindicar la importancia de la vida, de la literatura, del amor, de la poesía, y de todo lo bello que hace descansar y crecer el alma. La obsesiva búsqueda de lo útil económicamente ha vuelto inútil la propia vida asociando el utilitarismo a una errónea idea de progreso, como denuncia en la *Palinodia al marqués Gino Capponi*.

Théophile Gautier responde a las gentes de su siglo en el diario *Le Constitutionnel* con una prosa:

«[...] Hay dos clases de utilidad (...). Aquello que es útil para uno no lo es para otro. Usted es zapatero, yo soy poeta. Para mí resulta útil que mi primer verso rime con el segundo. Un diccionario de rimas, por tanto, me beneficia por su gran utilidad. A usted de nada le serviría para echar suelas a un par de viejos zapatos, y es justo decir que una chaira a mí de nada me serviría para hacer una oda. (...) usted objetará que un zapatero está muy por encima de un poeta, y que es más fácil prescindir de uno que del otro. Pero sin pretender rebajar la ilustre profesión de zapatero, (...) confesaré humildemente que yo preferiría tener mi zapato descosido que mi verso mal rimado, y que pasaría muy gustoso sin botas antes que quedarme sin poemas.»

Y más tarde, apoyado en las palabras de Leopardi en *La retama* (1845) donde éste describe su siglo como soberbio y estúpido, continúa:

«¡Vaya! Y decís que estamos progresando. Si mañana un volcán abriese su boca en Montmartre y lanzase sobre París un montón de cenizas y una tumba de lava, como en otros tiempos hiciera el Vesubio en Estabia, Pompeya y Herculano, y cuando, dentro de unos miles de años, los arqueólogos de esa época hicieran excavaciones y exhumaran el cadáver de la ciudad muerta, decidme qué monumentos habrían quedado en pie para testimoniar del esplendor de la gran enterrada.»

Sin la verdad de esta oda al inutilitarismo de la belleza, que ya incluso dos años antes había recalcado en *Albertus* (1833) cuando es interrogado acerca de la utilidad de una rima: « ¿Para qué sirve esto? Sirve para ser bello. ¿No es suficiente?: como las flores, como los perfumes, como los pájaros, como todo aquello que el hombre no ha podido desviar y depravar a su servicio. En general, tan pronto como una cosa se vuelve útil deja de ser bella » es que los arqueólogos del futuro no desenterrarían más que basura y productos industriales manufacturados en serie y muy alejados de todo aquello por lo que el protagonista de la primera historia, Jim Hawkins, había sentido admiración.

Federico García Lorca, en relación a Unamuno, pronuncia ciertas palabras también acerca de la inutilidad de la poesía donde declara que ésta sirve «(...) para nutrir ese grano de locura que todos llevamos dentro, (...) y sin el cual es imprudente vivir.»

Las fábulas de los poetas, los literatos, los músicos, los pintores, los dramaturgos, los filósofos, los performers, y demás entregados a los saberes humanísticos nos sirven para educarnos y defendernos de la obsesión por las ganancias y lo útil; y son necesarias para el desvelamiento progresivo de la verdad de la vida y acceder a las cosas esenciales, intrínsecas, básicas que nos hacen falta. Nos ayudan a retirar todo aquello que engañan a nuestros sentidos y que forman parte de las apariencias, nos convierten en el Bassanio que elige con cautela el camino correcto, y que como le ocurre al Caballero de la Triste Figura, Alonso Quijano, dan sentido a nuestra vida a través de hacer nuestros unos ideales y descansar sobre ellos el hastío por el monótono bucle del productivismo materialista.

Este ajetreo veloz está haciendo que la humanidad pierda el sentido de la vida porque el hombre contemporáneo ya no tiene tiempo para detenerse en las cosas inútiles, destinado a perder su alma en favor de ser una máquina que produzca bienes de consumo, y sin la comprensión de la utilidad de lo inútil nunca podrá llegar a entender para qué sirve el Arte.

Cuentan que Sócrates hubo un tiempo en que estuvo aprendiendo flauta para poder tocar una melodía y, cuando le preguntaban para qué le serviría esto, respondía siempre que para saber una melodía nueva antes de morir. Sócrates poseía la misma inútil curiositas que atrapó a Hawkins con las monedas, ese deseo de aprender.

Y la cumbre de toda enseñanza se puede llegar a dar en la universidad.

Con las universidades existe un problema por parte de los Estados, y es que en las últimas décadas, y cada vez más, se está produciendo un proceso de recesión económica evidente respecto a la investigación más básica. Y esto ya está teniendo, y tendrá en el futuro, unas fatales consecuencias en cadena.

La mayor parte de países de Europa se están dirigiendo hacia un descenso en el nivel de exigencia en el alumnado para que superen con mayor facilidad las pruebas, lo cual recae en un intento iluso de resolver el problema. Para lograr que el estudiante se gradúe dentro de los plazos establecidos por ley, no se exigen sacrificios, sino que se reducen cada vez más los temarios y las clases se convierten en un juego interactivo superficial de diapositivas esquemáticas. De este modo, si una facultad consigue graduar a un número muy elevado de alumnos en un plazo mínimo, es premiada, mientras que los centros que no satisfacen los protocolos ministeriales son sancionados con recortes de ayudas y prestigio, por lo que estos centros son empujados por la escasez de fondos a producir horneadas de titulados sin ningún nivel. Así mismo, los estudiantes pasan al rol de clientes, como es el caso de la afamada Harvard donde dado a que el estudiante paga muy cara su matrícula, espera que su profesor sea sumiso porque el cliente siempre tiene la razón, en otras palabras, están más dispuestos a la búsqueda de ingresos y cargos altos que les permitan ganar más con sus títulos, que de saberes. Esto es lo que deplorablemente parece estar a la orden del día con el caso de funcionarios públicos, ministros y presidentes; las universidades corrompidas por aparentar con prestigio y recaudar dinero, venden diplomas con la promesa de obtener grandes trabajos e ingresos.

Los centros educativos, se convierten en empresas. Y la prueba más contundente aún reside en el profesorado, transformado en burócrata que pasa las jornadas de trabajo rellenando expedientes, reajustando cálculos, produciendo informes, respondiendo cuestionarios, a veces incluso con el propio alumnado, (...) pero es el profesorado una de las piezas clave para poner en movimiento a esta ecuación.

Para que la situación pudiera comenzar a invertirse y la calidad de la investigación mejorase, dado a que de seguir por este camino unos profesores malos irían enseñando a otros futuros profesores que como consecuencia continuarían siendo cada vez peores, es necesario un buen profesor, es decir, un infatigable estudioso.

El estudio es sobre todo adquirir y asimilar unos conocimientos que nos desatan de las cadenas de la dependencia, nos vuelven autónomos, y como consecuencia más felices al poder saborear mejor las cosas inútiles de la vida. Y es el profesor quien puede ejercer de palanca, principalmente como estudiante, porque constituye un grave error identificar al ser humano con el oficio que ejerce, siempre hay algo en él que va más allá. Recuerdo una entrevista a Luis Camnitzer donde decía algo así como: « Cuando me preguntan qué hago yo y respondo que soy artista la primera reacción siempre es «¡Ah! ¿Pintas? » esperando que trabaje con cuadros cuando en realidad trabajo con información.»

Aun así, los gobiernos siguen pensando en recortar en cultura y enseñanza en tiempos de crisis, y seguirán haciéndolo porque ya en 1848, Víctor Hugo reprochaba a la clase política: « Han caído ustedes en un error deplorable; han pensado que se ahorrarían dinero, pero lo que se ahorran es gloria. »

Cuando la crisis amenaza a la nación es más necesario que nunca invertir en saberes para formar a la población contra el abismo de la ignorancia, no sólo basta con proveer iluminación a las ciudades sino también a las mentes. Educar a los hombres en el amor por el desinterés utilitario.

Y esa es la segunda idea explorada, contra la crisis, las mentes educadas pueden ser capaces de lo que los hombres incultos no. Para ello es necesaria la figura del profesor como hombre libre, es decir, pasional por su tarea.

Debido a este interés utilitario la calidad de la enseñanza se ve más concretamente afectada en la desaparición del estudio de las lenguas, para qué estudiar lenguajes arcaicos como el latín si ya no sirven para comerciar con ellos porque nadie los habla; o la desaparición programada de los clásicos.

Pese a las cantidades de tiempo que un alumno llega a pasar en un aula a lo largo de su vida, éste acaba sin leer realmente íntegros y originales los grandes textos que han formado la cultura en que se desarrolla su vida, como la *Ilíada* y la *Odisea* (VIII a. C.), la Eneida (19

a. C.), la *Divina Comedia* (XIV), *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (1554), *Don Quijote de la Mancha* (1605), etcétera; en lugar de eso el estudiante se alimenta de reseñas y vagas adaptaciones que siendo originalmente simples apoyos, acaban por sustituir a las obras originales. Lo mismo pasaría en las artes plásticas cuando los alumnos reciben una imagen de los cuadros y esculturas a través de la pantalla o de la impresión en el libro, pero cómo van a experimentar la magnificencia del viaje espiritual y sensorial de un Rothko, una obra de Anish Kapoor o de los *Nenúfares* (1920-1926) de Monet si nunca se ha enfrentado a ellos directamente en persona.

No es posible concebir la enseñanza sin los clásicos literarios y una antología poética nunca sería capaz de actuar en su lugar de la misma forma en que nunca se podrá tener una verdadera experiencia estética ante la reproducción impresa de un Rothko porque ello opaca el aura pura y original de la obra, no permitiendo ver cómo los “color fields” (campos de color) de esas enormes piezas inundan nuestro alrededor llegando a bañar por completo todo nuestro campo de visión y haciendo con el uso de las formas vaporosas y los velos transparentes de la pintura que podamos entrar en un estado casi meditativo.

Esta aproximación a la obra original debe inducirle el profesor con habilidad y carisma. Debido a esto es que la enseñanza no debe considerarse un oficio sino una sincera vocación cultivada en el amor y la pasión que a día de hoy faltan cada vez más.

Dice Heidegger que, para el ser humano actual, es cada vez más complicado sentir interés por cualquier cosa que no implique un uso práctico e inmediato para fines técnicos.

Esto es: presionados por el rápido ritmo de vida y lo incierto de conseguir un trabajo estable, teniendo dinero, por qué razón íbamos a invertir tiempo en aprender cuando puedo pagar por un diploma que me lleve a lo más alto de inmediato sin necesidad de esperar.

Pero, también, haciendo que los resultados sean pésimos y, por si no fuera poco, sin conseguir una satisfacción vital debido al no haber experimentado el disfrute propio del camino y el saborear la duda del éxito que empuja a continuar aprendiendo.

Hasta ahora la primera idea nos dice que es el *ser* más importante que el *tener* y por ello, segunda idea, la importancia de desplazar nuestros conocimientos hacia el otro en una enseñanza entregada al saber de forma altruista.

Montaigne ya en 1580, en *Los ensayos*, sentenciaba la tercera y última idea: « Es el gozar, no el poseer, lo que nos hace felices » y que ya venía yo advirtiendo dos párrafos más arriba al hablar del disfrute del camino.

Bonito ejemplo que da buena cuenta de ello sería aquella vez en que conociendo lo que verdaderamente encierra el aire contenido en *Las meninas* (1656) de Velázquez a nivel histórico y artístico a la perfección, podríamos ir al Museo del Prado y llenarnos de gozo al confirmar personalmente todo cuanto sabemos de la obra. Es decir, disfrutaríamos la obra de verdad.

Y este gozar del saber en lugar de mantener su simple posesión podría justificarse de tres maneras: la *dignitas hominis*, el amor y la verdad.

La dignidad del ser humano no puede medirse según las riquezas poseídas, el hecho de poseer muchos conocimientos no te hace mejor persona.

Para ilustrarlo tenemos el ejemplo de Demócrito, filósofo al que por su incesante risa sus conciudadanos creían loco y fue llevado ante el médico Hipócrates. En su charla con el médico, Demócrito responde: «Pero yo sólo me río del hombre, lleno de estupidez, desprovisto de acciones rectas, (...) que con ansias desmesuradas recorre la tierra hasta sus confines (...), funde el oro y la plata, los acumula sin descanso y se esfuerza por poseer cada vez más para ser cada vez menos. No se avergüenza de llamarse feliz porque excava las profundidades de la tierra por medio de hombres encadenados: entre ellos, algunos mueren a causa de los derrumbes de tierra (...). Buscan oro y plata, hurgando entre polvo y deshechos, desplazan montones de arena, abren las venas de la tierra para enriquecerse, despedazan la madre tierra (...)»

Causar la muerte de seres humanos para acumular riquezas significa destruir la *dignitas homini*, esta riqueza y poder se torna en una locura autodestructiva.

También Séneca en sus *Cartas a Lucilio* (65) compara a los ricos y poderosos con actores que después del espectáculo vuelven a ser lo que son en su día a día: «Ninguno de esos personajes que ves ataviados con púrpura es feliz, (...). En presencia del público caminan engreídos sobre sus coturnos; tan pronto salen de la escena y se descalzan vuelven a su talla normal. Ninguno de esos individuos, a los que la riqueza y cargos sitúan a un nivel superior, es grande.»

De esta manera, Séneca nos incita a valorar a las personas no por lo que tienen, sino por lo que son: « Cuando quieras calcular el auténtico valor de un hombre y conocer sus cualidades, examínalo desnudo (...). Contempla su alma, la calidad y nobleza de ésta, si es ella grande por lo ajeno, o por lo suyo propio»

Giovanni Pico della Mirandola en su *Discurso sobre la dignidad del hombre* (1496) nos refiere que la esencia de la *dignitas homini* es el libre albedrío, Dios permitió al hombre la indefinición para que eligiese por sí mismo. Gracias a la búsqueda filosófica entregada, el hombre entenderá que la verdadera *dignitas* se consigue gracias al conocimiento y no a las actividades que brindan beneficios.

En el amor, los enamorados se entregan libremente hacia un encuentro desinteresado. Y si éste se ofrece como un don, no supondrá ningún sufrimiento.

Cuando el afán de posesión supera a la libertad, el amor se transforma en celos. Así, para cuantificar y medir la resistencia de la fidelidad, llega la locura de intentar poner a prueba al compañero, como muestra el *Orlando furioso* (1532) de Ariosto con el episodio de Rinaldo y el caballero del vaso de oro. Un vaso encantado que permite al bebedor saber si su esposa le es infiel, pero que al serle ofrecido, Rinaldo rechaza porque «(...) buscar lo que no se quiere hallar sería como hacerse daño a sí mismo (...)» y que tiempo después, Cervantes recoge en *El curioso impertinente* (dentro de *Don Quijote de la Mancha*) con las figuras de los amigos Lotario y Anselmo donde Anselmo pide a su amigo que tente a su mujer pero Lotario se niega ya que si la mujer se resiste, el marido no será más amado de lo que es, pero si cede el propio Anselmo será la causa de su deshonra.

La posesión, revela entonces un enemigo del amor, del amor por el conocimiento, como dice Rainer Maria Rilke en una de sus cartas: «No nos hacemos ricos porque algo permanezca y se marchite en nuestras manos (...)»

Por último, la verdad, de la que habla Platón en el *Banquete* (385–370 a. C.) mediante el amor. El filósofo, enamorado de la sabiduría, tiene la vocación de perseguir la verdad eternamente mientras consideremos que queda alguna por descubrir. Lo que cuenta no es abrazar la sabiduría total sino la aproximación a ella, la *alétheia*, el desvelamiento progresivo de la verdad y no el fin de llegar a una verdad absoluta.

Porque importa más correr con dignidad que ganar la carrera y, así, no sólo merece honor el ganador de la misma sino todos aquellos que fueron dignos de ganarla aunque no lo consiguieran. La *dignitas homini*, como explica el escritor alemán Lessing: «(...) no reside en la verdad que uno posee o cree poseer, sino en el sincero esfuerzo que realiza para alcanzarla.»

Y porque, de este mismo modo, considerar la verdad como la única posible significa negar la propia verdad, esquivando la necesidad de dialogar, aceptando la duda como un estímulo para no quedarse nunca con una verdad y seguir en su búsqueda constante, manteniéndola así viva y dándonos lugar a la tolerancia. Aportando una enorme riqueza a la humanidad.

En resumen, la búsqueda desinteresada de saber por el saber, entregada a un sincero amor y pasión que nos permita gozar el conocimiento, sirve para *ser* mejores personas.

Y ahora, creo que la pregunta inicial: «¿Para qué va usted a la universidad?» queda respondida.